



## YA HABLAN ENTRE SÍ LAS LENGUAS DE EUROPA

**F**ue Jean Monnet quien, al final de sus *Memorias*, se atrevió a señalar, hacia 1976, que «la construcción de Europa es un cambio formidable que exigirá mucho tiempo». Él, que había dedicado toda su vida a dicha tarea, reconocía ahora que en la construcción de Europa «como en cualquier gran empresa, los hombres van empujando delante de ellos los problemas más graves, dejando a sus sucesores el encargo de resolverlos»<sup>1</sup>. Hoy, cuando la unión europea por él soñada es ya una realidad irreversible, se percibe en toda su grandeza hasta qué punto merece la pena entregarse a grandes empresas que superan con mucho las capacidades de una única generación.

*Pliegos de Yuste*, que ahora comienza su andadura, lejos de pretender constituirse en gesta cultural, intenta aportar un grano de arena a esta realidad europea que, pese a la bonanza actual con respecto al «sueño» de los Monnet, Spaak, etc., tiene por delante de sí aún mucho trabajo que hacer. Para eso, entonces ¿una revista cultural más? Sí, pero distinta. En un contexto cultural saturado en gran medida por publicaciones especializadas de todo tipo *Pliegos de Yuste* llama la atención sobre lo que nos une y no sobre lo que nos diferencia. Tomando como marco la unidad histórica que es Europa, *Pliegos de Yuste* se erige en voz de una identidad necesaria en un paisaje globalizado en el que intentaremos que la construcción europea se haga en el marco de un debate constante y verdaderamente europeo. Desde esta facilidad histórica, pero con el convencimiento pleno de su necesidad por encima de las dificultades, *Pliegos de Yuste* se proclama defensora de los valores europeístas y, con ellos, de la unión de los pueblos de Europa en una entidad política democrática, diversa y plurilingüe; hecho, este último, que se refleja en la aceptación de originales en cualquier lengua europea por parte de *Pliegos de Yuste*. En esta dirección irán los monográficos que acogerá nuestra revista, empezando por este que analiza el presente

como punto de partida y debate sobre el futuro: la Europa del siglo XXI. Junto a ellos, diferentes secciones analizarán aspectos de la cultura y el pensamiento europeos desde puntos de vista como el histórico, literario, científico y estético, a través de las secciones llamadas, respectivamente, *Memorias de Clío*, *La crítica*, *Tercera cultura*, *Estéticas* y *Creación*. Por último, también tendrá cabida en *Pliegos de Yuste* el recuerdo bibliográfico de los principales adalides del europeísmo, en la sección *Nuestros clásicos*.

Este primer monográfico se abre, en la sección *El timón*, con una entrevista a Manuel Fernández Álvarez en la que nos cuenta su peripecia historiográfica y europea. Por su parte, el teólogo Xabier Pikaza, también desde una perspectiva cronológica, lleva a cabo un recorrido por la historia de Europa en torno al eje constituido por la religión y su importante papel en dicha historia. Félix Duque repasa los problemas actuales de la identidad europea y Ursula Lehr presenta un estudio demográfico sobre la envejecida Europa actual en el que se ponen de manifiesto sus principales rasgos. José Ovejero, escritor residente en Bruselas, nos habla desde el centro de Europa del creciente desarrollo en la actualidad de una literatura verdaderamente europea. El arquitecto Antonio Fernández Alba describe con lúcida nostalgia, en su contribución a este primer monográfico, la situación actual del elemento urbano que tan esencial ha sido en el desarrollo de Europa. Por último, inaugurando la sección *Columna de Yuste*, Ilya Prigogine, miembro recientemente fallecido de la Academia Europea de Yuste, analiza, junto con Isabelle Stengers, la esencia de la ciencia europea.

Imre Kertész, el Nobel de Literatura húngaro, ha manifestado recientemente que: «El hecho de que la política y la cultura no sólo sean opuestas, sino incluso enemigas, es un fenómeno característico del siglo XX. No es una evolución natural, y la política desligada de la

cultura, que ha alcanzado un dominio absoluto, sin límites (ni inhibiciones) a través del poder, lleva a cabo destrucciones espantosas: cuando no en vidas humanas o bienes materiales, en las almas de las personas»<sup>2</sup>. Por eso, y porque la realidad europea trasciende en el tiempo mucho más allá de lo que el oscuro siglo XX nos permite ver, la Cultura debe reivindicar Europa como una creación también, y sobre todo, suya que, desde hace sólo unas décadas, pretenden recrear con firmeza la Política y la Economía.

Hace años, Maria Antonietta Macciocchi, en su libro *La mujer de la maleta. Viaje intelectual de una mujer en Europa*, un clásico ya del europeísmo moderno, insistía en lo esencial de entender que «Europa es más importante que sus componentes, que luchan entre sí»<sup>3</sup>. No en vano, es en esa dialéctica en la que la historia ha gestado la Europa actual en cada época. Más que ningún otro continente, el europeo existe hoy (o al menos eso pretende) como unidad cultural y política porque lleva milenios «conformándose» como un todo por encima de toda dialéctica regional. Mas entre ambos barnices, siempre fue el cultural el único de ellos con el que los pueblos de Europa se dejaban envolver juntos con agrado. Ante la unión política siempre hubo reticencias aunque la fusión mediante confrontación haya persistido. El arqueólogo danés Kristian Kristiansen sostiene que, ya durante los milenios primero y segundo a. C., «se creó en Europa una jerarquía estructural entre la Europa septentrional, Europa central y Europa meridional (el Mediterráneo) caracterizada por diferentes tradiciones culturales, entre ellas las celtas y las germánicas»<sup>4</sup>. Y sin embargo, esas fuerzas, sólo aparentemente centrífugas, son las que han ido configurando lo que hoy es Europa y cada una de sus creaciones. No en vano podría generalizarse, sin preocupación alguna, la frase que Macciocchi pone en boca del historiador Jacques Le Goff a propósito de la literatura, de que «la nuestra no será una construcción *ex nihilo*»<sup>5</sup>.

Efectivamente, los europeos actuales hemos recibido, tanto política como culturalmente, una gran herencia y a ella remitimos. De este modo, *Pliegos de Yuste* pretende contribuir, desde la doble humildad que se refleja y a la que se alude ya en su propio nombre, a esa construcción de Europa desde España. Porque a pesar de que, quienes se acerquen al monasterio extremeño de Yuste y a la relación que el emperador Carlos V tuvo con ese lugar al que se retiró en 1558 abdicando el poder en su hijo y heredero Felipe II, suelen retener únicamente la idea de Yuste como final de una vida, hay en Yuste quizá más de semilla que de mortaja. «El hombre sólo sabe dónde ha nacido —ha escrito Fernández Álvarez refiriéndose a aquel momento histórico—, no sabe dónde va a morir». Lo mismo sirve para la Europa moderna y, por lo tanto, actual. La Europa del siglo XXI nació en

Yuste cuando el principal de todos quienes han pretendido su unión enseñó a la Historia que la unión de Europa debía estar por encima de las ambiciones personales. Quizá sin él saberlo, la Europa del siglo XXI que ahora debate su primera constitución conjunta, se inició con aquel humilde y gran gesto a la vez de retirarse a Yuste por el bien del pueblo.

En esta línea, uno de los mejores frutos que han granado en la espontánea y descuidada huerta del europeísmo hispano, Salvador de Madariaga, manifestó en cierta ocasión la predisposición natural de los españoles, a quienes atraía «lo universal más que lo nacional», para la tarea de la construcción europea, pues, en su opinión, «España, como “constructora de imperios retirada del negocio”, sabe de lo viejo y, por lo tanto, presiente lo nuevo»<sup>6</sup>. Quizá guiado también por esa intuición, fue por lo que Manuel Fernández Álvarez, hace ya casi tres décadas, dedicó su libro *Carlos V. Un hombre para Europa*, «a los emigrantes españoles, que con su vida están ayudando a forjar Europa». Ésta es la tradición que ahora recoge *Pliegos de Yuste* para retomar, desde este rincón suratlántico del continente europeo, la idea de la necesidad de reforzar la unión política de Europa mediante el pensamiento y cultura comunes a los pueblos que la forman. Contamos, para dicha tarea, con la palabra como vehículo de la idea. ¡Atención! Escuchemos. Ya empiezan a hablar entre sí las lenguas de Europa.

## NOTAS

- 1 *Memorias*. Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 512.
- 2 «La cultura tras el holocausto», *La Vanguardia*, 4-12-2002.
- 3 *La mujer de la maleta. Viaje intelectual de una mujer en Europa*. Madrid, Espasa Calpe, 1988, p. 87.
- 4 *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro*. Barcelona, Península, 2001, p. 18.
- 5 María Antonietta MACCIOCHI, op. cit., p. 87.
- 6 *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*. Madrid, Espasa Calpe, 1974, p. 565.

